

Quiero vivir

El hombre no es un “ser para la muerte” (Heidegger). El hombre es un ser para la vida, y para vivir eternamente. En el corazón del hombre hay este deseo de vivir, y de vivir siempre. Se trata de un deseo insaciable, que no entra en ningún programa político, ni de izquierdas ni de derechas. Sólo Jesucristo puede saciar este deseo humano, porque sólo él tiene poder sobre la muerte. Él es la vida y ha venido al mundo para repartirla en abundancia.

La resurrección de Lázaro es un anticipo de la resurrección de Cristo, para cuya celebración gozosa nos estamos preparando durante la cuaresma. Con una diferencia notable: Lázaro volvió a la vida para morir de nuevo; Jesucristo, sin embargo, cuando resucita inaugura una vida nueva, que no conoce ya la muerte. Nunca más la muerte en la nueva vida de Cristo resucitado, y de todos los llamados a resucitar con él. Con todo, la resurrección de Lázaro nos muestra el poder de Cristo sobre la muerte, y por eso es anticipo de su resurrección y de la nuestra.

El problema de la muerte afecta a todo hombre que viene a este mundo, creyentes y no creyentes. La muerte no es un invento de la religión, la muerte es un hecho ineludible para todo ser vivo. La muerte no es un invento de Dios, sino que ha entrado en el mundo como factura del pecado, del mal uso de la libertad por parte de los hombres. Y ante este problema radical que afecta a todo hombre, Jesucristo nos ofrece la promesa de la vida eterna: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre”.

Creemos en Cristo resucitado, que, pasando por el trago de la muerte, ha resucitado para vivir siempre a una vida feliz y de gozo perdurable, que no conoce ya la muerte. La muerte ha sido vencida definitivamente. El futuro del hombre no es, por tanto, la muerte, sino la vida feliz y gozosa con Cristo para siempre, aunque todavía tenga que pasar por la muerte, como estipendio del pecado. La celebración gozosa que se avecina de los misterios centrales de nuestra fe cristiana –la muerte y la resurrección de Cristo– nos sitúa en la perspectiva esperanzada de una vida feliz que no acaba junto a Cristo para siempre. “Si crees, verás la gloria de Dios”. Ante esta propuesta tan gozosa, decimos con Marta, la hermana de Lázaro: “Señor, yo creo que tú eres el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
09.03.2008